

Pedro Abelardo y los Estudios Superiores en la Francia del Siglo XII

Néstor Miranda Canal

Nota del autor: Este texto no constituye, de ninguna manera, una investigación histórica en términos de lo que tradicionalmente los historiadores profesionales consideran como tal. Mucho menos si se tienen en cuenta las adversas condiciones -de carácter estructural, podríamos decir- que existen en nuestro medio para trabajar en historia medieval europea. Su valor, si lo tiene, reside en que brota de una experiencia pedagógica. Se elaboró, específicamente, para los estudiantes del curso de Historia de las Ciencias que brindé a estudiantes de la Universidad de los Andes durante el primer semestre de 1998, ante la inexistencia de un texto corto y sugestivo que sirviera de enganche para tratar el importante tema de "la querella de los universales" durante la Plena Edad Media, en el que algunos especialistas creen ver el arranque de la "ciencia moderna". Debería servir, además, para que los estudiantes apreciaran la ineludible -y hasta conmovedora y precaria- condición humana de los filósofos y los científicos. Su "documentación primaria", para hablar en esos términos, son notas de lectura para clase. En ese sentido, el texto es bastante secundario.

Cuando Pedro Abelardo -nacido en Pallet (Bretaña), en el año 1079- llegaba a la ciudad de París, ésta ya dejaba entrever su vocación de convertirse en uno de los más importantes centros universitarios de la Europa feudal y, al mismo tiempo, en un hervidero estudiantil cuyos movimientos habrían de sacudir periódicamente el ambiente cultural y político francés, siendo el más reciente el conocido genéricamente con el nombre de la "revolución de mayo de 1968". Por la misma época en que Abelardo entraba a París, Hugo de Saint-Victor -otro de los estudiantes-profesores, o "ecólatras", famosos en el siglo XII- describía la siguiente escena:

"- Vuélvete aún hacia otro lado y ve.

"-Me he vuelto y veo.

"- Qué ves?

"- Veo escuelas (grupos) de estudiantes. Hay una gran muchedumbre en ellas; veo allí gentes de todas las edades: niños, adolescentes, jóvenes, ancianos. Sus estudios también son diversos. Unos aprenden

a plegar la lengua todavía torpe para emitir nuevos sonidos o palabras insólitas. Otros se esfuerzan en conocer declinaciones de términos, composiciones y derivaciones, primero escuchándolas, después repitiéndolas entre ellos y, volviéndolas a repetir a fin de grabarlas en la memoria. Otros trabajan con el estilete tablillas de cera. Otros dibujan figuras, trazados variados y de colores diferentes, dirigiendo la pluma sobre el pergamino con mano segura. Otros aún, animados de un celo más ardiente y fervoroso, discuten entre ellos de materias graves, al parecer, y se esfuerzan en mantenerse mutuamente en dificultad valiéndose de sutilezas y argumentaciones. Veo también allí a algunos que calculan. Otros, punteando la cuerda tensa sobre un puente de madera, producen diferentes clases de melodías; otros describen el curso y la posición de los astros y explican, con distintos instrumentos, las revoluciones celestes; otros tratan de la naturaleza de las plantas, de la constitución de los hombres y de las propiedades y efectos de todas las cosas."

Las Escuelas del siglo XII

El anterior texto de Hugo de Saint-Víctor ilustra sobre tres de los rasgos más sobresalientes de las Escuelas (del latín *Schola*) del siglo XII, antecesoras inmediatas de las universidades, cuyas primeras fundaciones datan del siglo XIII:

1. El carácter abierto, público¹, itinerante y "espontaneísta" de dichas Escuelas. Charles Haskins, en un célebre libro sobre el siglo XII, señala que "en 1100 la escuela seguía al maestro, hacia 1200 el maestro seguía a la escuela". Es decir, que a partir de esta última fecha la tendencia "sedentaria", característica de las universidades,

gana terreno frente al "nomadismo" de las Escuelas de "la gran claridad del siglo XII" (Gustav Cohén). El espacio físico se define y se estabiliza para que la institución de estudios superiores se convierta en ese "*ayuntamiento de maestros y escolares que es fecha en algún lugar con voluntad de entendimiento de aprender los saberes*" (Partidas de Alfonso el Sabio).

2. La diversidad de edades de los escolares, así como la diversidad de los estudios, que, además, presentaban un cierto carácter "monográfico", por temas o autores. En el texto citado de Saint-Víctor, los estudios parecen encerrarse en el viejo esquema del *trivium* (gramática, que incluía letras, especialmente latinas; retórica; y dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía). Con toda seguridad, los temas abarcaban espinosos asuntos teológicos y filosóficos, centrados estos últimos, en su mayor parte, en comentaristas de las obras lógicas de Aristóteles², como Porfirio, Boecio, etc.

3. La discusión como método de trabajo. Este método de la *disputatio* tuvo en esas Escuelas una gran importancia, tanto durante el trabajo en clase como durante las horas dedicadas al estudio fuera de clase. Posteriormente, bajo la rutina de la repetición escolástica, en su forma ya degenerada, habría de convertirse en una especie de caricatura vaciada de su profundo contenido dialéctico, didáctico y pedagógico. Las universidades, como sucedió con la de París, llegaron a vetar la *disputatio* en tanto método, y a censurar algunos autores y ciertas tesis filosóficas, incluidas las de algunos Doctores de la iglesia.

Abelardo llegó a París comenzando la segunda década del siglo XII. Unos años antes, finalizando el siglo XI, la situación de la educación superior era muy precaria, a pesar de los importantes

1 Algunas dependían de conventos, las "conventuales" o "monásticas", y otras de iglesias importantes, las "catedralicias". Otras presentaban un cierto grado de independencia frente a estas instituciones, como iría a suceder con las universidades.

2 El Aristóteles "integral" sería el revelado e interpretado por los árabes, hacia el siglo IX, versión que incluía además los estudios biológicos y que daría pie a toda una serie de reflexiones y estudios posteriores, por parte de los "duros" de la escolástica, como fue el caso de Santo Tomás de Aquino y de los "averroístas".

avances que se habían logrado por la acción y el magisterio de Alcuino de York durante el reinado de Carlomagno. El número de maestros era escaso, como escaso era el nivel cultural de los mismos. Los más preparados estaban en los monasterios rurales y no en los centros urbanos, los cuales, a su vez, eran escasos para esta época. A este respecto escribe otro "escolar" famoso, Guibert de Nogent: *"Durante el tiempo que precede inmediatamente a mi infancia y durante ella misma -es decir, hacia 1080 aproximadamente- la penuria de los maestros era tal que era casi imposible encontrar uno de ellos en las villas (...) Su ciencia era tan mínima que no podría compararse con la de los clérigos vagabundos³ de hoy en día"*.

La situación extra-claustro e intra-claustro

Las cosas, no obstante, evolucionaron con relativa rapidez desde los años de finales del siglo XI. En París y Chartres, así como en otros lugares de Francia (Laon, Reims), se crearon centros de estudios de un nivel que superaba el de los anteriormente existentes. En sus primeros años de vida estos centros contaron con maestros de fuerte personalidad, los cuales lograban arrastrar a sus alumnos en su trasegar por la diferentes Escuelas en formación y en cambio rápido. Este trasegar y estas fundaciones y estos cambios son el producto visible de los dinámicos procesos materiales y sociales que están en la base del llamado Renacimiento del siglo XII.

Las innovaciones técnicas, en especial las relacionadas con los trabajos del campo, como era de esperarse para una época de predominio de las formas de producción feudales (manejo de las corrientes de agua, perfeccionamiento de molinos, nuevas técnicas agrícolas y ganaderas, mejoramiento de los sistemas de transporte y de transmisión de noticias, etc.), se entrelazaron con procesos sociales (cambio en las formas de trabajo

y de propiedad, etc.) que permitieron la liberación de una buena parte de la mano de obra rural que fue a engrosar la creciente población de los nacientes "burgos". La división del trabajo se acentuó, dando como resultado una articulación social de mayor complejidad. Todo ello ejerció presión en el sentido del surgimiento de nuevos grupos de intelectuales, los cuales, sin perder su ligamen con la institución religiosa, respondían a esa complejización del tejido social.

Se requerían juristas formados en una "ciencia del derecho" alejada de la dominante tendencia casuística y consuetudinaria que dominó la Alta Edad Media, personal para los estudios notariales de los centros urbanos y comerciales; clérigos mejor formados para las cancillerías de los soberanos, de las administraciones comunales y, claro está, para responder a una institución eclesiástica en crecimiento. Los desplazamientos de la población, la alteración del *habitat* rural en beneficio de lo urbano y otros cambios de "las aguas, los aires y los lugares" exigían médicos más atentos al estudio concreto de patologías efectivas y menos preocupados por los textos de Galeno. Las herejías y las nuevas órdenes religiosas, a su vez, exigían teólogos más comprometidos con "el reino de este mundo", el cual no dejaba de tener sus hilos de contacto y relación con "el más allá". Todo esto actuó en el sentido de desplazar los estudios desde los monasterios hacia las escuelas de las catedrales y de los capítulos urbanos. A estas presiones "objetivas" se sumaron las derivadas de los dramáticos y renovadores contactos e intercambios que se dieron durante las Cruzadas, iniciadas hacia el año 1095, fecha de predicación de la primera de ellas.

Chartres y París

Para el área en la cual se movió Pedro Abelardo interesan dos centros importantes: Chartres y París. En el primero existía una Escuela episcopal desde

³ Estos clérigos vagabundos -llamados en francés *vagands*- eran hombres jóvenes sin trabajo conocido, semiestudiantes, practicantes del arte de la mímica y la juglaría y, algunos, dedicados a la mendicidad.

el siglo IX, en la cual se impartían lecciones de medicina, además de otras disciplinas. El obispo Fulberto -no confundir con el tío de Eloísa- la convirtió en un núcleo notable de estudios literarios (retóricos y gramaticales), entre el año 1008 y el 1028. Los trabajos que allí se desarrollaron contribuyeron a depurar el latín en tanto vehículo de expresión escrita, cuyos avances habrían de notarse en los escritores del siglo XII, entre ellos Abelardo. Algunos de los maestros de Chartres hicieron de esta escuela, a finales del XI y comienzos del XII, un centro destacado de los estudios científicos del *quadrivium* y de la dialéctica. Entre 1119 y 1126, Bernardo de Chartres introdujo allí el platonismo, combinado con la matemática. También fue centro importante de estudios bíblicos y, además, un bastión del *realismo* en el curso de la gran polémica de los universales.

París consolidó su renombre en tanto centro de estudios a comienzos del siglo XII, cuando ya la agitación estudiantil se había instalado en la *He de la Cité*. Por estos años algunos maestros se separaron de los emplazamientos tradicionales y reunieron sus alumnos en la montaña de Santa Genoveva, alrededor del monasterio del mismo nombre. Allí habría de ubicarse el para siempre famoso *quartier latin* (barrio latino), poblado por estudiantes, maestros y bohemios desde entonces. En las estribaciones de esa misma colina, Guillermo de Champeaux (1070-1121) -maestro y enconado rival de Abelardo- organizó en 1108 el capítulo de Saint-Victor, dirigido durante algún tiempo por el ya citado Hugo. Este centro se destacó en el estudio de la Escritura, con su llamada "tendencia victorina": establecer el texto más seguro de la Biblia, fijando su sentido literal antes que su sentido alegórico. Para ello se adelantaron fraternales discusiones con los sabios judíos, en una muestra de tolerancia impensable, por ejemplo, en la modernidad de los siglos XVI y XVII.

Hubo otras Escuelas en la *He de France* o en la región del *Loire*, zonas del despertar de los Capetos y de los primeros pasos del gótico. Pero, indudablemente, para la primera mitad del siglo

XII, Chartres y París se llevaron los palmares. También las hubo fuera de Francia: Canterbury en Inglaterra, Freising en Alemania, Bolonia en Italia, por ejemplo, utilizando denominaciones nacionales que en rigor son posteriores a la época que aquí se trata.

A esta clase de Escuelas y de centros estudiantiles llega Pedro Abelardo. Se pueden seguir sus pasos y sus ideas iniciales a través de las propias palabras del "ecólatra", en especial de la *Historia calamitatum* (llamada Carta a un amigo), texto singular para su época.

Una "historia calamitosa", pero no sólo eso...

La *Historia* permite entrever la psicología de su autor, sus dolores, sus pasiones, sus fantasías, sus temores, sus resentimientos y sus cálculos. Es un texto franco -se puede presumir- y pleno de contradicciones, muy cercano a la sensibilidad manipuladora de un intelectual y -según Régine Pernoud, autora de uno de los mejores libros sobre Eloísa y Abelardo- muy ilustrativo sobre el universitario de todos los tiempos. Las cartas cruzadas, tardíamente, entre estos dos amantes -y que generalmente siguen en todas las ediciones a la Historia-, se caracterizan por una factura cuidadosa, una gran libertad de expresión de los sentimientos personales, especialmente en el caso de Eloísa, y una cierta tensión de los sentimientos y de eso que suele llamarse "el espíritu". En parte, en el fondo bullen ideas que no se ajustan a ese "imaginario" interesado y estereotipado que ha existido sobre la Edad Media, como las que se expresan en estos versos de un poeta de esa época:

"... La belleza de las muchachas ha herido mi pecho.

A las que no puedo tocar, las poseo desde mi corazón.

... Yo quiero morir en la taberna,
ahí donde los vinos están cerca de la boca del moribundo;

Después, los coros de los ángeles descenderán cantando:

Ten clemencia, Dios, de este buen bebedor!
... Más ávido de voluptuosidad que de eterno
descanso,
y muerta el alma, ya no me preocupo sino de la
carne."

En la *Historia calamitatum*, Abelardo cuenta su vida, su drama, e informa sobre la organización de los estudios y los problemas que preocupaban a los intelectuales de su época. Este testimonio está ligado a la inscripción de Abelardo en una problemática intelectual y en unos debates claves para el desarrollo de la filosofía y de la ciencia, de los cuales todavía hoy podemos aprender y oír sus ecos. "A través del drama de la vida de un hombre -escribe la Pernoud- se perfila una evolución histórica. Y esto es lo que hace de Abelardo un personaje apasionante: héroe de una novela de amor sin igual, es también, en el campo del pensamiento, portador de un germen que va a necesitar más de un siglo para madurar, y cuya importancia no puede serenamente valorarse con anterioridad a nuestra época". Ese germen es el de la duda (no el nihilismo), la actitud crítica frente al saber establecido, la duda en cuanto elemento indispensable en la búsqueda de la "verdad", afirmación, a su vez, de los derechos de la razón. La duda, "el pesimismo de la inteligencia", como la llamó también otro perseguido del siglo XX -Antonio Gramsci-, que debería combinarse con "el optimismo de la voluntad". Decía Abelardo en una de sus obras, el *Sic et Non*: "La primera clave de la sabiduría es la pregunta asidua y frecuente... Dudando es como llegamos a la búsqueda, buscando es como percibimos la verdad". Es esta la actitud que asumirán otros sabios que vivieron problemas y situaciones diferentes de las que enfrentó Abelardo, como sucedió con Rene Descartes en el siglo XVII y Claude Bernard en el XIX, por ejemplo.

Las informaciones que se pueden recabar de la *Historia* están mezcladas con las confesiones y racionalizaciones del drama personal, las cuales, a su vez, pretenden servir de pautas para el lector "amigo" (¿de todos los tiempos?) para encontrar consuelo en la tragedia ajena. Así se abre la Carta

a un amigo: "Ocurre a menudo que es más fácil conmover el corazón de otro por el ejemplo que con discursos. Al débil consuelo que os ofrecí durante nuestra conversación, he resuelto unir, por escrito, el relato de mis propias desventuras. Así, podréis comparar mis experiencias con las vuestras y, reconociendo que éstas son relativamente poca cosa, las encontraréis tolerables".

Cuenta Abelardo que antes de llegar a París dejó "la corte de Marte", a la que estaba destinado en tanto primogénito de un hombre de armas de la pequeña nobleza bretona, "para crecer en el seno de Minerva" y dedicarse a "la dialéctica y su arsenal" (tan ligada a la polémica y a la confrontación argumental), rama que prefería a todas las otras de la filosofía. Prefirió "los asaltos de la discusión" a "los trofeos de las batallas". Las imágenes no son arbitrarias: los estudiantes, así como los caballeros medievales ("andantes") iban de lugar en lugar para enfrentar nuevos y más excitantes torneos y combates. Nada más alejado de esto que las sedentarias -y a veces tan pasivas- universidades. "Me puse a recorrer las provincias siempre discutiendo, yendo a todos aquellos sitios en donde -según oía decir- el estudio de este arte (la dialéctica) se honraba".

La dialéctica en el siglo XII era entendida -principalmente- como el arte de razonar, el arte de conducir la razón hacia la verdad. Pero no se confundía con la lógica, sino que la incluía trascendiéndola. La lógica -se ha afirmado con alguna razón- puede ser la obra de un sólo individuo, y aún en el caso de grupos de trabajo es el producto de una reflexión íntima. Piénsese, por ejemplo, en la versión de la lógica de los llamados "solitarios de Port-Royal", en el siglo XVII. La dialéctica, por el contrario, exige la discusión, la confrontación, el intercambio activo, en ella ocupa un lugar de primer orden la *disputatio*. Es un hecho dialogal. '

Apenas llegado a París, en "donde florecía la dialéctica desde hace mucho tiempo", Abelardo buscó a Guillermo de Champeaux, "el maestro

indiscutible de este arte": *"Al principio fui bienvenido, pero no tardé en convertirme en molesto, porque yo me esforzaba por rechazar varias de sus ideas; me arriesgaba en argumentar frecuentemente contra él y sucedía incluso que lo aventajaba en la discusión"*. Esta discusión era elemento fundamental en la pedagogía de las Escuelas del siglo XII, no existiendo en la práctica lo que hoy se llama la "clase magistral". En su conjunto, el trabajo en clase se asemejaba más a lo que se conoce como "seminario". La discusión iba más allá del espacio de las clases.

Un método posiblemente rescatable

El método de trabajo "escolar", que luego la escolástica tardía habría de esclerotizar, consistía más o menos, en lo siguiente:

1. En la base de la enseñanza estaba la *lectio*, la "lección", la "lectura", "la clase". El maestro "leía", era el "lector". "Leer", en este sentido, era enseñar. El título de "lector" también habría de usarse en nuestra universidad colonial y, todavía, perdura en la tradición de la universidad de los países germánicos.

2. Venía luego el comentario (o la glosa) del maestro, el cual comprendía tres momentos:

- a. La "letra" (*littera*), que incluía la explicación gramatical del texto y la apropiación literal del
- b. El "sentido" (*sensus*), que consistía en hacer inteligible el texto.
- c. La "sentencia" (*sententia*), la búsqueda del sentido profundo, en especial del contenido doctrinal o dogmático. También se buscaba el sentido alegórico. La interpretación alegórica fue una de las constantes de la cultura medieval. Esta idea de ir más allá de la apariencia está en la base de la actividad filosófica y científica. Dos de los fundadores de la ciencia social moderna, Marx y Durkheim, afirman -desde sus

particulares perspectivas- que si la realidad se presentara tal y como es, no sería necesaria esa actividad.

3. Luego se pasaba a la *questio*. Maestro y estudiantes interrogaban, "cuestionaban", el texto en relación con posibles contradicciones, incoherencias, etc. El trabajo sobre las contradicciones ha sido valorado como uno de los aportes intelectuales de Abelardo, que se encuentran en el *Sic et Non*. De allí, se puede reconstruir, un tanto libremente, el siguiente "discurso del método":

Ubicar las contradicciones para su explicación fuera del texto. Pueden encontrarse problemas de estilo, problemas relacionados con el público al que va dirigido, etc.

Cerciorarse de que los escritos no sean Apócrifos.

Tener en cuenta las posibles faltas de los copistas.

Diferenciar las opiniones del autor, de las que pueden ser ajenas.

Determinar el sentido de lo que en él se afirma.

4. Venía, finalmente, el diálogo polémico, la *disputatio*, característico de la actividad "escolar" del siglo XII y centro nutricional de la dialéctica, el cual llegó a abarcar casi todas las ciencias sagradas y profanas de la época. Muchos tratados medievales también fueron presentados como "disputas", e incluyen la palabra *disputatio* en el título. Juan de Salisbury, alumno y admirador de Abelardo, cuenta que las sesiones de clases eran seguidas por el trabajo de los estudiantes, en el cual estaba presente la discusión. Y Roberto de Sorbon aconsejaba a los mismos que hicieran un resumen de todo lo leído y, de manera fundamental, que discutieran entre ellos el trabajo realizado en las aulas.

¿Un legado?

El espíritu polémico de Pedro Abelardo hubo de contribuir, sin duda, al desarrollo de esta didáctica y de esta metodología y, sobre todo, de esta actitud intelectual, que predominó en las inestables y dinámicas escuelas del siglo XII. Su vida itinerante y plena de desasosiego -dentro de la cual se conoce sobre todo su "contrariado amor" por la bella Eloísa- lo llevó por diversos poblados, por diversos centros escolares y monasterios. Algunos enemigos, que lo persiguieron y forzaron su peregrinaje, se los debió a su carácter soberbio y vanidoso. Su castración a manos de unos sicarios contratados por el tío de su amada -el canónigo Fulberto-, se la debió a su pasión humana, pasión que en las palabras que cierran el bello libro de Régine Pernoud es la que hace grande a Abelardo: *"En realidad, si Abelardo legó su nombre hasta nuestra generación, es debido a que fue el héroe de una historia de amor sin igual; ahí se encuentra para nosotros, todo el valor de su vida. Esto quiere decir, que lo que constituye la grandeza de Abelardo es Eloísa."* También este amor obligó al "castrado Abelardo", como lo llamó Francois Villon -otro marginal, del siglo XV- a deambular por *les routes de France*, arrastrando, no sin dolor, su "busco sin cesar", su sentido de la duda y la confrontación racional.

Finalmente, un hombre piadoso y bueno, conocido en la historia con el nombre de Pedro el Venerable, lo acogió en su abadía de Cluny, desde donde fue trasladado -por razones de salud- a Saint-Marcel-de-Chalon, lugar en que murió el 21 de abril de 1142. Ese hombre bueno, cuya traducción al francés del Corán ilustra sobre su carácter tolerante y ecuménico, escribió una carta a Eloísa para informarle de la muerte de su "señor", como ella lo llamó algunas veces. Una carta que -en palabras de Régine Pernoud- *"se sitúa al nivel en que se coloca la historia de Abelardo y Eloísa: el de la superación, el de una búsqueda de lo absoluto que les ha colocado a uno y otro más allá de los términos medios y de las aceptaciones fáciles"*. Ese hombre maravilloso, un abad del siglo XII, que enterró a Pedro Abelardo y dejó preparada a su lado la tumba para Eloísa, se dirigió a ésta en los siguientes términos: *"Aunque la divina*

Providencia, que otorga todas las cosas, nos negó la ventaja de vuestra presencia, por lo menos nos concedió la del hombre que os pertenece, la del hombre ilustre que no hay que vacilar en llamar con respeto el servidor y el verdadero filósofo de Cristo, maestro Pedro". "El hombre que os pertenece...", le dice Pedro el Venerable, abad de la célebre abadía de Cluny, a Eloísa, la amante del cuasi-herético Abelardo, en los tiempo de la mal llamada "edad oscura".

Para Abelardo no existía tema alguno susceptible de escapar a "los rigores de la dialéctica". Incluso el mal debía ser objeto del conocimiento. En el libro II del ***Du Bien Supreme*** incluye una argumentación que bien vale la pena reproducir con cierta extensión. Dice allí: *"No admitimos que ciencia alguna sea mala, incluso la ciencia del mal; el hombre justo no puede privarse de ella -no con miras a hacer el mal, sino porque le permite cuidarse del mal del cual habrá tenido el conocimiento previo; si no se le conoce, no se le puede evitar, como lo testimonia Boecio. Pues lo que está mal no es saber engañar o fornicar: sino cometer estos actos; es bueno conocer tal cosa que es malo el hacerla; no se peca conociendo el pecado, sino cometiéndolo. Si una ciencia cualquiera fuera mala, sería malo conocer ciertas cosas, y entonces Dios podría ser acusado de maldad, por que él lo conoce todo. Pues sólo en él está la plenitud de todas las ciencias, toda ciencia es un don que de él proviene. En efecto, la ciencia es la comprensión de la verdad de las cosas que existen, y él discierne todas las cosas según la verdad..."* Luego de estas disgresiones -tan antagónicas con todo fundamentalismo inquisitorial, y tan osadas-, Abelardo pasa a extraer algunas consecuencias de ética "teórica": *"Ahora bien, como la ciencia del mal también es buena, necesaria para evitar el mal, es también cierto que el poder mismo de hacer el mal es bueno, y necesario para el mérito. Pues si no pudiéramos pecar no tendríamos ningún mérito no pecando; a quien no tiene libre arbitrio no se le debe ninguna recompensa..."* Audacias como éstas no debieron ser raras en las Escuelas del siglo XII.

Las dos disciplinas mayormente cultivadas por los "ecólatras" fueron la dialéctica y la teología, la cual sería la "ciencia" por excelencia durante el siglo XIII, el siglo de la escolástica en la versión tomista. En ambas se destacó Abelardo, adoptando posiciones originales, de "vanguardia", poco ortodoxas, en medio de incesantes polémicas. Él mismo cuenta cómo se enfrentó, apenas llegado a París, con "el maestro más hábil" de la dialéctica, Guillermo de Champeaux. Y se le enfrentó en la cuestión "más importante" en este campo, la de los universales. Como es sabido, esta cuestión (la polémica realismo vs. nominalismo, también llamada "la querella de los universales") llenó buena parte de la filosofía de la plena y la baja Edad Media, con consecuencias que se proyectaron en la actividad científica, las creencias religiosas, la política, el arte, etc. Abelardo fue discípulo de uno de los fundadores de la corriente nominalista, Roscelino (nacido hacia el año 1050), quien, posteriormente, sería uno de sus enemigos en el plano personal. Guillermo de Champeaux era un clásico representante de la actitud realista.

Abelardo adoptó en este asunto de los universales una posición nominalista, pero nada ortodoxa. Los nominalistas planteaban que los universales (los conceptos generales) no tenían existencia efectiva; eran solamente emisiones de voz, "voces vacías" (*flatus vocis*), palabras arbitrarias: la única realidad efectiva es el ser concreto individual, el particular. Los realistas ortodoxos sostenían que la única realidad era el concepto universal y las cosas sensibles individuales constituían simplemente emanaciones de aquél. Pedro Abelardo sacó el problema de este ámbito, el de la ontología, y lo ubicó en el análisis del lenguaje, inclinándose, no obstante, por el nominalismo. Algunos estudiosos han visto en esta actitud un planteamiento precursor que lo une a las modernas filosofías del lenguaje.

En las Glosas a Porfirio afirma que *"lo universal es aquello que, por naturaleza, se dice de varias cosas, como hombre: lo individual, lo que no se dice de más de una cosas, como Calías; lo*

universal no está, pues, en la palabra como tal (vox), sino en la palabra en tanto que es capaz de ser predicado (sermo proedicabilis); casi se podría decir: la universalidad es una determinada función lógica de una palabra... Sin embargo, la palabra universal, aún sin designar una realidad, ha sido dada a los sujetos de los cuales se dice a causa de una semejanza en la cual todos convienen; todos estos sujetos, por ejemplo, son hombres y, por su estado de hombres (status hominis), no difieren". Abelardo no busca, pues, la especie (lo universal) por fuera de los individuos -y eso es nominalismo-, ni éstos aparte unos de otros -y en eso se acerca al realismo-. La busca en la relación entre los individuos pero en el terreno del lenguaje, de la función que cumplen las palabras en el discurso.

Pero Abelardo también incursionó en el importante, duro y peligroso terreno de la teología. Debió sentir las arduas dificultades que presentaba un campo en donde chocaba la razón con la fe, en donde la relación de estos dos términos se hacía fundamentalmente problemática, en su tratamiento y en sus consecuencias prácticas, en donde se planteó el espinoso problema de si existían dos verdades o una sola. *"No prometemos -escribe en el Du Bien Supreme- ciertamente, enseñar por encima de la verdad, que es cierto, no puede ser conocida por nosotros ni por ninguno de los mortales, pero al menos tendremos la satisfacción de ofrecer alguna cosa que sea verosímil, próxima de la razón humana sin ser contraria a la Escritura sagrada, oponiéndonos a aquellos que hacen gala de atacar la fe por razonamientos humanos..."* Pero su interés -lo confiesa- era, además, el de derrotar a los rivales que estaban en la primera línea del escalafón "escolar", como sucedía con Guillermo de Champeaux y otros, escalafón en el que "muy pronto yo reinaba sin oposición". Ligadas a este sentido de la competencia salieron en diferentes épocas sus tres tratados teológicos más importantes: *Du Bien Supreme* (De la Unidad y de la Trinidad Divina), *Introducción a la Teología cristiana* y *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*. En 1121 el Concilio de Soissons condenó la primera, y en 1140, en Sens, fueron condenadas 19 de sus proposiciones teológicas contenidas en las otras dos.

Una buena parte de los estudiosos de la vida y la obra de Abelardo lo ven como una figura que se adelantó a su época. Su puesto quizás estaría en el siglo XVI, o un poquito más adelante. Puede que algo de razón exista en estas apreciaciones. Lo cierto es que vivió en el siglo XII y fue un hombre de su época. En otra época no hubiese sido "el castrado" Abelardo, el amante de Eloísa, el

"escolar" (alumno y maestro) de esas Escuelas que poblaron la *He de France* y otras comarcas durante ese siglo, una décadas antes de que surgieran las primeras universidades. Lo cierto es que su drama ilustró por enésima vez la fundamental condición humana y su pensamiento contribuyó a "la gran claridad del siglo XII".

Bibliografía Básica

Heloise et Abelard. *Lettres*, Union Générale d'Éditions, Paris, 1965. Edición en español: Cartas de Abelardo y Heloisa. *Historia Calamitatum*, Hesperius, Barcelona, 1989.

Abelard. *Du Bien Supreme*, Bellarmin-Vrin, Montréal-Paris, 1978.

Regine Pernoud. Eloísa y Abelardo, Espasa-Calpe, Madrid, 1973.

Philippe Wolff. *Histoire de la pensée européenne: I. L'éveil intellectuel de l'Europe*, Seuil, Paris, 1971.

Pierre Bonnassie. Vocabulario básico de la historia medieval, Grijalbo, Barcelona, 1983.

Etienne Gilson. La filosofía en la Edad Media, Gredos, Madrid, 1958, t. I.

Friedrich Heer. El mundo medieval, Guadarrama, Madrid, 1963.